

Ricardo Azuaje

Un espacio y un tiempo especial

Entre sus obras:

A imagen y semejanza (1986), *La expulsión del Paraíso* (1998), *Juana la Roja y Octavio el Sabrio* (1991), *Viste de verde nuestra sombra* (1993), *Autobiografía de un Dodo* (1995), *Carro rojo* (1999).



Poética de su escritura

La visión que Ricardo Azuaje tiene sobre su trabajo, es explorativa. Se busca aún entre sus letras. Se relee con sentido crítico. Está en proceso de definición, sin embargo, tiene claramente cimentado el pilar de sus obras, la esencia: contar historias.

Expresado en sus propias palabras: “No creo contar con una poética claramente definida, a estas alturas, que en realidad es poca altura. Continúo buscando nuevas formas que me sirvan para abordar lo que quiero contar (me gusta contar, eso podría ser parte de una poética, no disfruto los ejercicios verbales puros, sin objeto, al menos en narrativa) y cada vez que inicio un proyecto de libro siento que estoy comenzando desde cero”.

En ese proceso explorativo sobre su propia obra, Azuaje se ha encontrado a veces con que en la escritura, la experiencia puede llegar a ser un obstáculo “...o al menos eso sentí a comienzos de este año, cuando me tocó transcribir a computadora las tres novelas cortas (o noveletas, como las hubiera llamado Arenas) que he publicado: tuve la impresión de que repetía formas de abordar situaciones y personajes”. Esa labor —comenta— también le permitió volver a descubrir que todavía le falta mucho dominio sobre las palabras.

Influencias

En el recuento de las voces que han repercutido como parte de la suya, este autor se encuentra con una nutrida lista, enorme —dice— de manera que no podría recordarlos a todos.

Aparecen en este ejercicio de memoria nombres como Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Renato Rodríguez, Josep Conrad, Henry James, Francisco Massiani, Norbith Graterol (un escritor venezolano de los años setenta que publicó un par de pequeños libros), Sábato, García Márquez. Agrega en sus influencias a Grass, Mann (*Doctor Faustus*) Thomas Wolfe, Neruda, Vallejo, Kafka (a los veinte —recuerda— devoró todo lo que había de él en Alianza Editorial).

En su trabajo ha estado presente otra influencia determinante: “También tendría que mencionar a José Balza, amigo, crítico de casi todo lo que he escrito y un excelente guía literario: fueron muchos los escritores, y músicos que conocí a través de él”.

La narrativa venezolana contemporánea

Ricardo Azuaje reconoce en la narrativa contemporánea una confluencia importante de voces, de estilos, de trabajos que destacan, superando adversidades constantemente aludidas cuando se habla del mundo editorial.

“Al contrario de lo que muchos piensan creo que la narrativa venezolana actual está en un buen momento, más allá de las dificultades de difusión y promoción en el exterior. Además de los escritores que vienen trabajando desde los sesenta, como Noguera, Britto García, Balza o González León, contamos con una larga lista de autores como Ana Teresa Torres, Stefania Mosca, Juan Carlos Méndez Guédez, Israel Centeno, Rubi Guerra, Silda Cordoliani, José Luis Palacios, Luis Felipe Castillo, Ángel Gustavo Infante y Orlando Chirinos, entre otros (pues la lista es realmente larga, a pesar de las dificultades de estos tiempos), que llevan adelante y desde múltiples vertientes una obra literaria notable”.

Narrar en estos tiempos

El cambio de siglo, de milenio, de época cronológica, se vuelve un choque en la percepción de Ricardo Azuaje, actualmente inmerso en dinámicas sociales y temporales bastante peculiares, viviendo en la Gran Sabana. El escritor pregunta y reflexiona: “¿Ya comenzó el siglo XXI en alguna parte? Tengo la impresión de que aquí no, que continuamos en el mismo siglo sangriento, irresponsable ambiental y socialmente, y desesperado en el que me tocó nacer. Puede ser una percepción equivocada, después de todo vivo en una región del país donde los siglos quin-

ce y dieciséis conviven y se entrecruzan con los últimos trescientos años: en la Gran Sabana se interrelacionan varios estratos culturales pemón con varios estratos culturales y mentales “criollos” (venezolanos, brasileños, turistas e investigadores europeos, etc.) y no es nada raro que Internet, Makunaima y los extraterrestres coincidan en el mismo espacio, o en la misma cabeza”.

Ante esta contrastante perspectiva, recuerda un tópico de la cultura venezolana, expresado alguna vez por Mariano Picón-Salas, al decir que el país ingresó al siglo XX en 1936... “Posiblemente necesitamos otra vez algunas décadas para incorporarnos al nuevo milenio”.

Qué hacer por la paz

Aunque la posición de este autor sobre la contribución de los escritores a crear una cultura de paz, en época de violencia, parece tajante y negativa, abre en el fondo algunas posibilidades. En principio, los escritores —dice— no aportan nada a este fin: “La escritura y los escritores suelen ser expresión de su tiempo (normalmente los voceros de la paz suelen ser los mismos que inician las guerras, para muestra Bush, Blair, Chávez, Fedecámaras) y su único papel es el de escribir bien”.

Su perspectiva de los intelectuales es distinta: “los intelectuales son otra cosa —aclara— me atrevería a decir que su papel es el de mantenerse lúcidos frente a los sucesos que los conmuevan y transmitir esa lucidez a sus lectores. En todo caso, si algún aporte puede hacer la literatura a la paz sería a través de la difusión de las diferentes expresiones culturales, y a mostrar que a pesar de las diferencias religiosas, políticas e ideológicas no somos tan distintos como creemos. Eso nos haría más tolerantes y por lo tanto menos violentos”.